

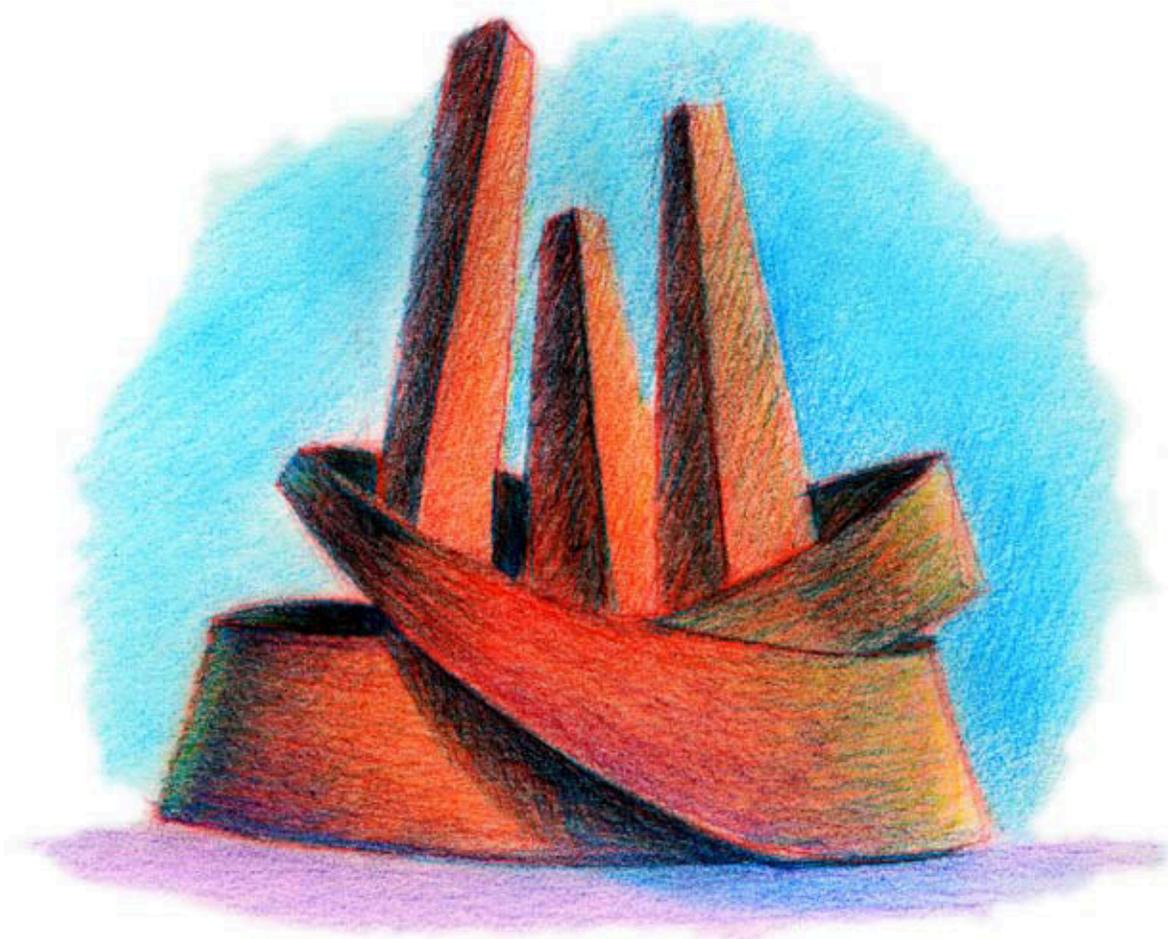
LA COBERTURA DEL NARCO EN PROVINCIA

FACTORES DE RIESGO

CÉSAR TOVAR

“Los periodistas de provincia se dividen en dos grupos: empírico y egresado universitario. Los primeros...aprendieron a ejercer con la agenda oficial y el diálogo entre las élites económicas y gubernamentales, dando paso a la corrupción y a la rueda de prensa como cotidianidad para obtener declaraciones ad hoc. Los segundos, cuentan con un título, pero están faltos de conocimientos teóricos y deontológicos que revitalicen al gremio”.

5



P

eriodísticamente, el narcotráfico es, además de veta informativa inagotable, un tema apasionante. Al cubrirlo surgen textos imprescindibles, libros enteros de un universo *a priori* atractivo.

Pero, como suele suceder, el gran tratamiento del narco floreció en los medios *nacionales*, mientras que en provincia pasaba inadvertido gracias a un veto sistemático. Al menos así fue hasta que, del descarado lavado de dinero, los cárteles transitaron a la disputa territorial, redundando en levantones, asesinatos y combates, tanto entre ellos como con las fuerzas federales.

La prensa provinciana coincidía: el narco es contenido para las metrópolis y sus medios, no para ciudades donde conviven todos los sectores poblacionales sin problemas aparentes, aunque sí con sospechas entre uno y otro, amparados en el disimulo.

Todo, hasta el 2007. A partir del año en curso la situación dio un giro de 180°. El narco no sólo amenazó a las autoridades y a los otrora intocables grupos de poder, sino que develó que los periodistas estaban en riesgo por varios factores.

Factor 1: ignorancia

Los periodistas de provincia se dividen en dos grupos: empírico y egresado universitario. Los primeros, en su mayoría de la *vieja guardia*, aprendieron a ejercer con la agenda oficial y el diálogo entre las élites económicas y gubernamentales, dando paso a la corrupción y a la rueda de prensa como cotidianidad para obtener declaraciones *ad hoc*.

Los segundos, cuentan con un título, pero están faltos de conocimientos teóricos y deontológicos que revitalicen al gremio.

Así, todos carecen de elementos primordiales para un ejercicio desapegado al oficialismo: no hay más lecturas que su propio medio, o, en el mejor caso, el resto existente en su región. Juegan al Catoblepas, el mítico animal, creado por Gustave Flaubert, que se alimentaba de sí mismo.

La mezcla generacional determinó el tipo de coberturas con tendencia al conformismo, lejos de la definición de la intencionalidad de la que habló Kapuscinski.

De esto nace una pregunta, ¿cómo exigir a los periodistas un mayor interés en el trabajo si la vieja guardia busca conservar el *status quo*, mientras que los noveles universitarios suelen ejercer el periodismo por la sencilla razón de no tener otra alternativa laboral?

A la mayoría de los medios de provincia les importa poco si hay aptitudes, basta llenar una plantilla y darle magros salarios. La noticia sirve para tener presencia, o lo mismo, para conseguir convenios con los gobiernos, su principal fuente de ingresos.

Factor 2: ingenuidad

Como en el Distrito Federal, París, o cualquier otra urbe, el periodista provinciano sale a la calle tras un frugal desayuno y la obsesión de cumplir con su trabajo, muchas veces en calidad de maquillador de notas.

Tal factor, mezclado con la falta de olfato, hace que grandes temas, desgarradoras verdades, pasen de largo. Lo dicho ocurrió con el narco.

También suele aceptar de antemano, y en el transcurso de su vida laboral, las estructuras sociales, políticas y económicas. Su periodismo no conforta a los afligidos, ni aflige a los cómodos. Pasa de largo, indolente.

Por ello, políticos, empresarios y servidores públicos, relacionados con los diferentes cárteles, guardan las apariencias sin problema alguno, incluso, con tal cinismo, que utilizan a los medios locales para exculparse de las versiones difundidas en los *nacionales*, que describen sus nexos con la mafia.

Tanto previa como actualmente, los periodistas mantienen a los señalados en el catálogo de fuentes recurrentes, no sólo para obtener *la nota*, sino, también, favores o simpatías. Difícilmente alguien cuestionará al sujeto sobre sus presuntas actividades ilícitas. De hacerlo, se enfrentaría al juicio implacable de la grey.

Dentro de éstas, un caso singular es la fuente policíaca. Al reportero de la *nota roja* suelen ubicarlo en el último escalafón de la jerarquización informativa y es quien recibe menor salario; ambos factores incrementan las posibilidades de violar la ética. Al final, entiende que la idea de seguir la sangre significa, para sus empleadores, una forma de ahorrar tiempo, dinero y personal. Y a dicha realidad se sujeta.

Aún en su calidad de perito frustrado raras veces se percata de la infiltración del narco en el sistema de seguridad pública.

Factor 3: el desamparo como actualidad

Y todo continuaba en calma en las redacciones y calles de provincia. Al menos hasta la llegada de los asesinatos, atentados, levantones y amenazas.

De un momento a otro las plazas pacíficas mutaron en ejemplos caóticos. De la nada (según los medios) aparecieron grupos antes innumbrables. Y comenzó la lucha. En cuestión de días, políticos y empresarios cayeron desmitificados por el rigor de las balas. Aquellos personajes, fuentes diarias para los reporteros, tenían vínculos con el narco. De nada servía ya simular, había que reconocer y enfrentar el novel panorama.

Con la cloaca abierta y la imposibilidad de seguir obviándola, se permitió la cobertura, no del narcotráfico sino de sus consecuencias violentas, es decir, la mera transmisión de los hechos: presentando la noticia con un implícito "caso aislado".

Así, entre la sangre y el abrumador miedo social, la excitación desbordó a los periodistas. Acostumbrados a cubrir en manada, comenzaron a sospechar el uno del otro. Anteriormente el trabajar en grupo hacía que "cada uno mirara al otro y ninguno al mundo" (diría Kapuscinski), ahora no había diferencia, salvo las miradas de desconfianza por los constantes

rumores sobre x o y reporteros de servir como *halcones* (espías de policías y medios) a los cárteles.

Y es que las acusaciones de infiltración no tenían freno. Y razones no faltaban: durante el año la PGR detuvo a varios comunicadores a quienes acusa de trabajar para las diferentes agrupaciones.

Además, vale recordar las desapariciones y asesinatos de periodistas. Muchas de ellas, con causa en dos razones: el lazo real con el narco y la ingenuidad, incluso de movimientos.

Los reporteros acuden al llamado de la noticia sin medir riesgos ni prever posibles escenarios. Cualquiera que sea el escenario, llegan de la misma manera: excitados, sin visualizar. Briosos pero desbocados.

Y sus medios los dejan a la deriva, en el desamparo.

Antes del arribo del narco, pero sobretodo después de éste, las empresas mediáticas de provincia poco hicieron para salvaguardar la integridad física de su personal.

Incluso, cuando el gremio recibió amenazas, al sufrir secuestros y exigencias de callar, o de dar mensajes disimulados, eligieron la inacción: dejar de cubrir, mostrar al pueblo una realidad alterna, una donde el narcotráfico no tiene cabida, una aldea pitufo con los eternos personajes, mientras allá fuera, en el mundo real, las entrañas del entramado social explotan y se pudren.

Colofón

Porque, aunque los medios acepten las negaciones por parte de las autoridades, el narco vive en provincia. A pesar de tapar nuevamente la cloaca, que retorne el disimulo, la violencia resurgirá y, una vez más, el periodismo de provincia perderá credibilidad y confianza.

Y cuando ocurra, habrá periodistas que en el loable espíritu de buscar la noticia, cubrirán con la ignorancia, la ingenuidad y el desamparo a sus espaldas: los factores de riesgo. Seguros de querer hacer un buen trabajo, pero carentes de elementos.